

## EL ROSARIO

Por RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

A mediados de diciembre de 1886 nos hallábamos en el valle de Medellín, uno de los más hermosos de nuestra hermosa tierra colombiana; en Envigado, la próspera villa, cuna de José Félix de Restrepo, el magistrado integérrimo, y de José Manuel Restrepo, el repúblico, el historiador ilustre.

A pesar de la estación lluviosa, prolongada por modo irregular aquel año, la tarde estaba despejada y serena; la luna, próxima al plenilunio, brillaba sobre las colinas del oriente; el viento no movía las hojas de los naranjos en flor; el ambiente estaba tibio; todo nos convidaba a salir de la casa para gozar, bendiciendo a Dios, los hechizos de la naturaleza tropical.

Emprendimos, a puestas del sol, a pie y lentamente, acompañados del P. Jesús María Mejía, huésped amabilísimo nuestro y cura del pueblo, marcha hacia el norte, en busca de la quinta del venerable sabio cristiano, gloria de Antioquia y de Colombia, doctor Manuel Uribe Angel, a quien deseábamos conocer personalmente, ya que sus obras y su reputación nos eran familiares de muchos años atrás.

La magnífica carretera del valle está orlada a derecha e izquierda de casas y de granjas, ricas y suntuosas unas, pobres y humildes otras, aseadas hasta la exageración todas, como las habitaciones holandesas.

De todas ellas salía, a aquella hora, un murmullo monótono, dulce, salido más del corazón que de los labios:

*Pareil aux chants plaintifs que murmure une femme  
A l'enfant qui s'endort.*

Como íbamos andando, a la primera mitad del avemaría que salía de una casa, oíamos contestar la segunda parte en la morada siguiente; cada hogar creía que estaba rezando solo, y nosotros sabíamos que estaba en comunión con el siguiente, y con el otro, y con el de más allá. Esta tarde *sentimos* la comunión de los santos, en que hasta entonces habíamos simplemente *creído*.

Y pensamos que la prosperidad de Antioquia depende, no sólo de la raza, del medio ambiente, de la educación sobria y varonil, sino principalmente de la fe católica, que produce la integridad de las costumbres, la fidelidad conyugal, la obediencia a la autoridad constituída. Antioquia, por lo general, ha tenido los mejores gobernantes, porque allá son buenos los gobernados. Y son buenos porque son cristianos, y dan testimonio práctico de su fe con el diario rezo en familia del rosario de María.

Nadie que crea en Dios negará la influencia bienhechora de la Religión sobre el individuo, y, por consiguiente, sobre las naciones. Que el cristianismo es la fe que civiliza, no es únicamente verdad revelada, sino hecho de experiencia. Del Imperio romano acá, el progreso de la fe coincide exactamente con el de la cultura de los pueblos; y al estudiar el mapa de la tierra se advierte que los límites del mundo cristiano coinciden punto por punto con los del orbe civilizado. En el novísimo Japón van creciendo paralelos el adelanto europeo y la creencia en Cristo Redentor.

De las comuniones que llevan el nombre de cristianas, está en plena posesión de la verdad sólo la Iglesia católica, romana; la única siempre joven, la que avanza siempre, la que hoy cuenta por millones sus fieles en la Gran Bretaña y Norteamérica, elemento de la prosperidad de aquellas naciones, que crecen y se ensanchan, a medida que menguan los países antes católicos, y por eso grandes, hoy regidos por gobiernos sin Dios y con masas populares inficionadas de incredulidad e indiferencia.

El símbolo por excelencia de la fe católica es el Rosario de María Santísima.

En el primer tercio del siglo XIX llegaron al Japón varios misioneros católicos, los primeros que pisaban aquel país, entonces inhospitalario, después de la supresión de la Compañía de Jesús. Eran Lazaristas, discípulos de San Vicente de Paúl. Magna sorpresa fue la suya al saber que había allí varias comunidades de fervorosos católicos. Los más ancianos habían sido bautizados, instruídos, alimentados con los sacramentos por los Jesuítas; los mozos no tenían más sacramento que el bautismo; no conocían sacerdotes, ni misa, ni iglesias; pero guardaban íntegra la fe, oraban en común y oían a los mayores repetir lo que habían aprendido en el catecismo medio siglo atrás.

Convocaron cautelosamente los misioneros a los católicos indígenas, y los principales se presentaron presididos por un anciano. Venimos, dijeron, a vuestra invitación, pero con temor muy fundado. Hace poco se presentaron acá unos europeos que se decían misioneros; nos aseguraron que su religión era la cristiana; los oímos y no encontramos en sus predicaciones la fe del P. Francisco Javier, que es la nuestra.

—¿Qué prueba queréis, dijeron los Padres, de nuestra creencia es la verdadera, la de San Francisco Javier?

—Respondednos a tres preguntas.

—Las que queráis.

—¿Dónde habéis dejado vuestras esposas y vuestros hijos?

—No los tenemos; hemos hecho voto de perpetua castidad por amor de Dios y de las almas.

¿Dónde tenéis un libro en que oráis siete veces al día?

—Aquí está, contestaron, sacando sus breviarios que tenían ocultos bajo el manto.

—Mostradnos una sarta de cuentas para rezar oraciones a la Madre de Dios.

—¡Héla aquí! y les presentaron los rosarios.

—¡Sois misioneros, sacerdotes cristianos, de la Religión de Francisco Javier! ¡Enseñadnos, gobernadnos, somos enteramente vuestros!

Tuvieron razón los japoneses.

El Rosario es el compendio más perfecto, el mejor símbolo de la fe católica. En el primero de los misterios se medita que el Verbo se hizo carne por el Espíritu Santo para reconciliarnos con el Padre. Es decir, los dogmas fundamentales de la Trinidad y de la Encarnación. Al llamar a María madre de Dios, reconocemos en Cristo la unidad de persona; y al recordarlo muerto y resucitado, la dualidad de las naturalezas. Confesamos la intercesión de los bienaventurados: *Ora*; la comunión de los santos: *Ora pro nobis*; el perdón de los pecados: *Ora pro nobis peccatoribus*; la fraternidad humana: *Padre nuestro*; la grandeza de Dios: *santificado sea el tu nombre*; su reino en las almas justas: *vénganos el tu reino*; el deber de conformar nuestro querer con el suyo: *hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*. En las peticiones siguientes del *Padrenuestro*, la providencia divina, la remisión de las culpas, el amor a los enemigos, la necesidad de la gracia para superar las tentaciones.

Oración preferida de los ignorantes, de los pequeñuelos, el Rosario dio asunto al Papa León XIII para más de veinte encíclicas distintas, luminosas, profundas como todo lo que brotó de aquella inteligencia clarísima, de aquel corazón limpio, de aquella áurea pluma de literato y de sabio.

El Rosario es la devoción para los momentos de dolor supremo, la súplica de los que padecen y lloran. En aquel hogar, antes nido de ventura, acaba de expirar el padre amantísimo, o la doncella de diez y ocho años, flor trasplantada de los jardines del cielo al de la familia cristiana, y ahora tronchada de súbito por la muerte. Aquello es una disonancia de sollozos, de amargas querellas, de lamentos desconsolados. Vuestras palabras de simpatía se reciben casi como insultos, vuestros consuelos exacerban la pena. Si la familia es piadosa, pronunciad esta frase: "Vamos a rezar el Rosario". Los rostros se serenán, dóblanse las rodillas. A las primeras avemarías las gargantas embargadas no responden; a las que siguen contestan entre sollozos; a las últimas, con voz clara y vibrante. Y al concluir, los gemidos que ahogaban están reemplazados por copiosas lágrimas que alivian; las quejas lacerantes, por mansas palabras de resignación; el dolor que punza y deprime, por el que eleva y santifica.

¡Qué sana y fortificante es para el alma la memoria de los hechos heroicos que registra la historia, sobre todo si los cumplieron hombres de nuestra religión, o de nuestra patria, o de la raza de que nacimos! No para emular tales hazañas, sino para cobrar aliento en la silenciosa lucha contra las pasiones y desfallecimientos propios. El Rosario recuerda el triunfo contra los Albigenses, la épica victoria de Lepanto, la fuga del musulmán ante las murallas de Viena, la vuelta a su trono temporal de Pío VII, después de la prisión de Savona y Fontainebleau; la santidad de Domingo de Guzmán, la fortaleza de Simón de Monforte, la sabiduría de Santo Tomás de Aquino, la grandeza de D. Juan de Austria, la elocuencia apocalíptica de San Vicente Ferrer.

Para nosotros, el nombre del Rosario va unido a la fundación de Santafé, a la magnífica caridad del Arzobispo Torres, a la munificencia de los Reyes Católicos, a las enseñanzas de José Celestino Mutis, a los generosos ensueños de los próceres, al sacrificio de los grandes hombres inmolados por Morillo, a las hazañas de la Magna Guerra, a la fundación gloriosa de Colombia...

La devoción de que venimos hablando tiene por complemento el sartal de cuentas, llamado también *rosario*, en que se lleva de las oraciones que se van recitando. Los que acostumbran rezar todos los días el Rosario saben cuánto ayuda a la devoción el ir pasando entre los dedos los *padrenuestros* y *avemarías*. Cómo no, si así se lo enseñó María Santísima a Santo Domingo, si es un símbolo de nuestra fe, si está bendito por la Iglesia, si termina con la santa cruz, si al *rosario* material están anexas las indulgencias sin medida otorgadas a la devoción predilecta de la Virgen. Nuestro glorioso escudo dominicano, insignia amadísima de nuestro Colegio, está circundado del *rosario*; y en la mano lo ostenta nuestra querida *Bordadita*.

Nuestra Patria se salvará si crece en los fieles el amor al Rosario, si revive la práctica de rezarlo en común en los hogares. ¡Felices los hijos de este Colegio Mayor que tienen el Rosario por nombre, por predilecta práctica e invocan bajo este título a Nuestra Señora la Inmaculada Madre de Dios!